

MARCO ANTONIO LANDAVAZO, *Nacionalismo y violencia en la independencia de México*, México, Fondo Editorial Estado de México, 2012, 143 pp. ISBN 978-607-495-199-8

Desde hace algunos lustros, en gran medida a causa del influjo de la obra de François-Xavier Guerra, varios estudiosos de los procesos emancipadores hispanoamericanos hemos dado un peso por momentos excesivo a ciertos aspectos de este periodo que podemos denominar “consensuales” (en la medida en que se desprenden o están vinculados con una acepción amplia del consenso político); pienso, por ejemplo, en las elecciones, la ciudadanía, las constituciones, las sociabilidades y la opinión pública. En este contexto, creo que el ensayo *Nacionalismo y violencia en la independencia de México* de Marco Antonio Landavazo debe ser bienvenido. En este escrito, la protagonista indiscutida es la violencia. Ahora bien, la violencia que le importa al autor no es la que es consustancial a todo enfrentamiento bélico; la que le interesa sobre todo es la que tiene que ver con saqueos, violaciones, tortura psicológica, tortura física, pillaje, arrasamiento de pueblos enteros sin motivo aparente y un largo etcétera.¹

En un escrito de poco más de 120 páginas, Landavazo explora los vínculos entre nacionalismo y violencia durante la guerra de independencia. Las conclusiones a las que arriba en la última página del libro son dos. La primera, que sale del ámbito cronológico del proceso emancipador novohispano, es que en México

¹ Algunos destacados historiadores nunca han perdido de vista los aspectos militares del proceso emancipador novohispano, Christon Archer y Juan Ortiz Escamilla, por ejemplo; sin embargo, insisto, no es la “violencia bélica” la que le interesa primordialmente a Landavazo. Quizás convenga añadir que si la guerra emancipadora en la Nueva España fue sobre todo una “guerra civil” (como en el resto de la América española por lo demás), se puede decir que el tipo de violencia que le importa al autor es una preocupación muy pertinente y, por decirlo así, “muy natural”. Sobre esta manera de ver el proceso emancipador novohispano, véase el capítulo 3 del libro de Tomás PÉREZ VEJO, *Elegía criolla*, México, Tusquets, 2010.

la hispanofobia fue el elemento que durante el siglo XIX vinculó el fenómeno de la violencia con el proceso de construcción de la identidad nacional. La segunda es que la retórica antigachupina se forjó, en sus términos básicos y en su dimensión política, durante la guerra de independencia. En realidad, solamente la segunda de estas conclusiones se desprende del libro que aquí nos ocupa. Es difícil no estar de acuerdo con ella. Nuestras diferencias con Landavazo surgen, más bien, de algunos aspectos que él privilegia para llegar a esta conclusión.

En lo particular, me llama la atención el lugar que ocupa el “patriotismo criollo” en este ensayo. Más aún, la aceptación acrítica de una expresión que si bien puede resultar útil en el ámbito literario-cultural y desde una perspectiva de “larga duración”, creo que lo es mucho menos en el ámbito político, sobre todo en tiempos revolucionarios. Cuando David Brading empleó por primera vez esta expresión hace 40 años, afirmó que sus temas centrales eran el repudio a la conquista, el neoztequismo, el guadalupanismo y el resentimiento contra los gachupines; en su opinión, estos elementos “fluyeron directamente” en el nacionalismo mexicano y se convirtieron en los elementos distintivos de la ideología de la insurgencia mexicana.² Poco menos de dos décadas más tarde, en su célebre *Orbe indiano*, Brading convirtió al patriotismo criollo en una tradición que recorría toda la historia de la América española y luego de América Latina (hasta prácticamente el último cuarto del siglo XIX).³ Para Brading, en última instancia el patriotismo

² *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980; la edición original, de Setentas, es de 1973; la expresión entrecomillada aparece en la p. 42. Quien acuñó la expresión, hasta donde yo sé, fue Simon COLLIER, en su libro *Ideas and Politics of Chilean Independence 1808-1833*, Cambridge, Cambridge, University Press, 1967; véase el apartado “Creole Patriotism”, pp. 21-30. A pesar de las evidentes similitudes, Brading no cita a Collier en su libro sobre el nacionalismo mexicano y tampoco aparece en la bibliografía de *Orbe indiano* (ver nota siguiente).

³ El subtítulo del libro es *De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

criollo era una conciencia americana que expresaba los sentimientos y los intereses de una clase alta, “a la que se negaba su derecho de nacimiento: el gobierno del país”.⁴

Conviene hacer algunos señalamientos sobre el “patriotismo criollo”. Por un lado y en primer lugar, el paso de tradiciones eminentemente literarias a ideologías y prácticas políticas es bastante más complejo de lo que sugiere Brading. Por otro, más allá del papel que ciertos elementos del patriotismo criollo desempeñaron en textos de autores como Bustamante y Mier, no estoy seguro de que ese papel amerite el peso que Brading (y muchos historiadores mexicanos detrás de él) le adjudica al “patriotismo criollo” en los orígenes y desarrollo del proceso emancipador novohispano. No sólo me parece importante ser precavidos ante algunas de las “influencias” que plantea Brading respecto al patriotismo criollo en tiempos revolucionarios, así como respecto a la identificación que su propuesta interpretativa sugiere entre patriotismo y criollismo, sino que me parece que la expresión contiene una carga teleológica que con frecuencia pasa desapercibida (algo que podría resultar casi inofensivo en el ámbito literario y en tiempos, digamos, “normales”, pero no en la Nueva España post 1810).

Como resulta claro desde la Introducción de su ensayo, para Landavazo el patriotismo criollo es una categoría historiográfica incuestionable. Enseguida, en el primer capítulo, escribe: “Uno a uno, los temas del patriotismo criollo fraguados a lo largo de los siglos anteriores fueron insertados en el discurso político americano generado tras la crisis dinástica de 1808, que abrió una coyuntura política, jurídica e histórica de gran envergadura” (p. 26). Desde mi punto de vista, la coincidencia absoluta que Landavazo percibe entre el patriotismo criollo y el discurso insurgente (o “prein-

⁴ *Los orígenes...*, p. 16. En el caso novohispano, dicho patriotismo criollo no sólo fue la “ideología animadora” de la insurgencia, sino que, según el reputado historiador inglés, su legado llega hasta la revolución mexicana (*Orbe indiano*, p. 648).

surgente”) debiera, por sí sola, hacernos adoptar una postura cautelosa. ¿Cabe pensar que una “tradicción” intelectual desarrollada a lo largo de siglos y que, por ende, responde a un abanico de situaciones socioculturales específicas puede transmutarse sin más en una ideología política de combate? ¿Puede un patriotismo de índole eminentemente literaria/cultural convertirse de la noche a la mañana en nacionalismo insurgente, en un movimiento político revolucionario?

Son varios los autores que se pueden traer a colación respecto a las preguntas que acabo de plantear, pero me limitaré a Roger Chartier. Tanto en su libro *Les origines culturelles de la Révolution française* como en su artículo “La chimère de l’origine”, Chartier ha insistido en lo cuestionable que resulta la ubicación de los orígenes de un conjunto de prácticas políticas en una serie de ideas sin relación necesaria entre ellas, con frecuencia heterogéneas y que fueron producidas a lo largo de mucho tiempo.⁵ Por supuesto, el caso que tiene en mente Chartier es la Ilustración francesa y su relación (o no relación) con la revolución de 1789, pero creo que algunas de sus precauciones valen igualmente para el caso que nos ocupa. Los argumentos de Chartier son muy diversos y algunos de ellos de cierta complejidad, pero creo que pueden resumirse en un profundo escepticismo respecto a pretender encontrar los orígenes de prácticas como las que tienen lugar en toda revolución política (discursivas y no discursivas) en textos y enunciados que las precedieron en el tiempo (a veces con mucha antelación). Esta pretensión implica, entre otras cosas, dotar a dichos enunciados de un sentido que no tuvieron; no sólo eso: implica dotarlos de un radicalismo que inevitablemente resulta no solo descontext-

⁵ *Les origines culturelles de la Révolution française*, París, Éditions du Seuil, 2000; véase especialmente el capítulo 1 y el “posfacio” añadido por Chartier a esta edición. Por su parte, el artículo referido está incluido en el libro *Au bord de la falaise (L’histoire entre certitudes et inquietudes)*, París, Albin Michel, 1998, pp. 132-160.

tualizador, sino incluso deformante de ciertas situaciones históricas específicas. Creo que, en mayor o menor medida, esto es lo que han hecho varios historiadores con el patriotismo criollo de Brading a partir del inicio de la crisis del mundo hispánico en la primavera de 1808.

Desde el 16 de septiembre de 1810, en la Nueva España los principios del patriotismo criollo adquieren una connotación específicamente política que estaba ausente en la inmensa mayoría de las manifestaciones de este patriotismo que Brading describe en *Orbe indiano*. Dicho de manera demasiado breve: la correlación que existe entre las aspiraciones políticas de Hidalgo y Morelos, por un lado, y las inquietudes culturales de Boturini, Sigüenza y Góngora o Clavijero, por otro, es bastante más sinuosa de lo que plantea Brading. Entre otros motivos porque las identidades culturales que estos tres autores reivindicaban se mueven dentro de un espectro amplísimo y, en esa medida, están lejos de ser unívocas. En su naturaleza y alcance, este espectro es muy distinto del que nutre las reivindicaciones de independencia política que manifestaron Hidalgo y Morelos.⁶

En el caso de la lucha insurgente, el autor detecta lo que él denomina una “triple vinculación” (entre religión, nacionalismo y violencia), a la que considera un “rasgo primordial de la guerra por la Independencia de México” (p. 37). Esta vinculación puede ser considerada una manifestación más de un hecho que tuvo innumerables consecuencias sobre el proceso emancipador novohispano y que le otorga un carácter claramente distintivo en el contexto

⁶ Hasta hace poco, la búsqueda de una independencia “absoluta” se atribuía solamente a Morelos. Sin embargo, en los últimos años un historiador tan reputado como Carlos Herrejón ha reivindicado con vehemencia que Hidalgo tenía esta misma postura. Véase *Hidalgo (Maestro, párroco, insurgente)*, Madrid, Fondo Editorial Banamex, Clío, 2011, pp. 97, 245, 268, 288, 353, 363, 422, 441 y 463. En mi opinión, pese a que varios de los argumentos propuestos por Herrejón son atendibles, la cuestión sigue abierta.

de las independencias hispanoamericanas: el hecho de que Hidalgo y Morelos fueron sacerdotes.⁷

En cuanto al asesinato indiscriminado de peninsulares, no sé si el término “gachupinicidio” (p. 53) sea el más afortunado (claramente no lo es desde una perspectiva eufónica), pero sin duda el relato e interpretación que hace Landavazo de esta serie interminable de asesinatos de españoles peninsulares es uno de los aspectos más atractivos de su libro (indispensable, además, para alcanzar la segunda de las conclusiones referidas). Como muestra el autor, los líderes y publicistas insurgentes (Hidalgo, Morelos, Cos, Mier, Bustamante) justificaron de uno u otro modo esa barbarie. Ahora bien, como también lo refiere Landavazo, la justificación de la barbarie también se dio del lado realista.⁸

En el mismo sentido del punto que acabo de referir, el último capítulo del ensayo se titula “Independencia, violencia y nación: el mal necesario”. Sin embargo, como era casi inevitable tratándose del periodo conocido como la “consumación” de la independencia de México, el tema de la violencia adquiere aquí una connotación distinta, en cierto sentido antitética (a pesar de los “puentes” que Landavazo encuentra entre el Plan de Iguala y la insurrección de 1810, ver p. 103). Me refiero al hecho de que el discurso conciliador y pacifista que Iturbide plantea entre criollos y peninsulares tenía que descartar de manera tajante la violencia que los insurgentes habían justificado. Así lo hacía el citado Plan, lo mismo que el Acta de Independencia. Sin embargo, esta actitud conciliadora llegó a su fin con el fin de Iturbide.

⁷ En relación con este punto y dado el lugar prominente que la religión ocupa a lo largo del libro, llama la atención que ésta haya quedado fuera del título del libro (aunque, debo añadir, imágenes religiosas aparecen en la portada).

⁸ A este respecto, el autor se centra en un solo autor, Manuel Abad y Queipo, y en un solo texto, el *Informe* dirigido a Fernando VII, conocido como el “Testamento” de Abad y Queipo. Este *Informe*, fechado el 20 de julio de 1815, se puede leer en la *Historia de México* de Lucas Alamán, México, Jus, 1990, t. IV, pp. 481-499.

Los discursos cívicos referidos por Landavazo en este capítulo final muestran “la vuelta a la insurgencia” en el sentido de justificar *expost* una violencia que se vuelve a plantear como indispensable si se querían lograr los altos fines que, según dichos discursos, estaban detrás de la lucha insurgente. Esta postura “justificadora”, nos dice el autor, no es compartida por los cuatro grandes historiadores de la independencia: mientras Alamán y Mora critican duramente la violencia insurgente (más el primero), el autor percibe en Bustamante una cierta ambivalencia, que no lo es en realidad, pues en última instancia, añade, el tratamiento del tema por parte de Bustamante “termina por convertirse en justificación” (p. 123).⁹

En las breves Conclusiones de su libro, el autor insiste en la ambigüedad de algunos destacados actores frente a la guerra y la violencia. A juzgar por su propio relato me parece que, en general, la ambigüedad es bastante menor de lo que sugiere en estas páginas finales. De hecho, creo que justamente porque esta ambigüedad no tuvo la entidad aquí sugerida es posible establecer ese vínculo tan estrecho y de tan largo aliento que Landavazo plantea entre violencia, antigachupinismo y nacionalismo.

Roberto Breña

El Colegio de México

⁹ Aunque, por supuesto, en algún momento Landavazo incluye a Lorenzo de Zavala entre los llamados “evangelistas de la independencia” (p. 117), más adelante no le da un tratamiento individual, como sí lo hace con los otros tres. En cualquier caso, a juzgar por el balance que hace Zavala de Hidalgo en su *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, su postura es muy crítica de la matanza de españoles y de los saqueos que Hidalgo permitió y en cierto sentido provocó (por carecer de un programa sociopolítico y por haber dejado que los indios formaran parte de sus tropas); véase p. 54 del *Ensayo*, México, Porrúa, 1969.